

Apuntes para una Historia Socio - Económica de los Llanos venezolanos

El aspecto social-económico de nuestra historia colonial es una de las vertientes todavía inexploradas dentro del terreno de la investigación histórica. Consiguientemente, la tarea que deben realizar los especialistas, además de cautelosa, debe ser objetiva en sus apreciaciones y en la deducción de consecuencias.

En estas líneas nos limitaremos tan sólo al intento jesuítico que se desarrolla, geográficamente, en los Llanos y la Orinoquia, e históricamente, a lo largo aproximadamente de un siglo: 1661-1767.

Querer señalar la evolución histórica de las ideas socio-económicas de los jesuitas que trabajaron en Venezuela es por hoy imposible. Desconocemos, en primer lugar, una gran parte de la bibliografía redactada tanto en América como en los tiempos de la extinción en Europa; incluso carecemos de los documentos fundamentales precisos para llenar las lagunas históricas existentes.

Sin embargo, hay una serie de factores básicos que pueden indicar una interpretación lógica de esta ideología: los fundamentos básicos del pensamiento jesuítico; la legislación común de la Compañía de Jesús en sus diversos ensayos de civilización y culturización americanos; la tradición social de los jesuitas neogranadinos entre indios y negros, sobre todo a partir de la obra del P. Sandoval, *De Instauranda Aethiopia salute* (1627); el pluralismo ideológico de la Universidad Javeriana —consecuencia lógica de su internacionalismo—, en donde se formaron casi en su totalidad los misioneros orinoquenses.

Este esquema, sin embargo, desborda los límites de nuestro artículo.

El problema puede plantearse dentro de los siguientes términos:

- 1) ¿Existió una planificación global de colonización de la Orinoquia, o más bien se impuso la táctica de sembrar pueblos al azar?

Si los jesuitas realizaron el primer enunciado, habría que reconocer en ellos a los creadores de la infra-

estructura de una futura nación centrada no en la costa, sino en el corazón del continente.

- 2) ¿Dieron los misioneros preponderancia a un tipo especial de producto (panela, ganado, etc.) al servicio de las haciendas jesuíticas con monopolio del comercio o más bien en beneficio de las reducciones, o trataban de que cada pueblo fuese autóctono?

En la primera hipótesis necesariamente debería darse un gran comercio con otras zonas y probablemente con proyecciones al exterior. Y como consecuencias: interdependencia regional base para poder crear una nación; distribución extensiva de tierras en el sistema de propiedad, pero con el serio inconveniente de no formar la conciencia comunitaria del pueblo.

En la segunda hipótesis tendríamos: poco comercio, poca integración interregional, pequeñas propiedades; más conciencia comunitaria.

- 3) Educación económica: ¿se fomentó en los indígenas el espíritu mercantil autónomo o más bien hubo dependencia del misionero concebido como único empresario?

Dentro de las perspectivas históricas de las misiones orinoquesas procuraremos descubrir la evolución socio-económica de las reducciones jesuíticas intentando dar una respuesta al esquema propuesto más arriba.

Antes de entrar en materia es necesario asentar una serie de presupuestos previos.

En los siglos XVII y XVIII era imposible formular el problema y menos concebirlo con la minuciosidad de las categorías técnicas actuales.

El factor cronológico es decisivo; los espacios de tiempo misionales en el Orinoco son insignificantes. Las seis reducciones que existían en 1767 a lo largo del gran río venezolano habían surgido de la siguiente forma: Cabruta (en 1740); Encaramada (1749); Carichana (1734); San Borja (1738); Raudal (1747), y Uruana (1746).

La circunstancia indígena también plantea su seria problemática: los comienzos de toda reducción eran heroicos; se trataba de vencer todo el recelo e innata aversión acumulada en el subconsciente prehistórico del indio; la tipología indígena las más de las veces contradictoria y siempre inestable; la escasez de población, atomizada en parcialidades y familias, dentro de un marco geográfico ilimitado, adverso y despoblado y con la amenaza de esclavitud por parte de los caribes o de los españoles o portugueses. El mismo autor del Orinoco Ilustrado llega a decir: "se gasta mucho tiempo en domesticarlos, desbastarlos, quitarles de la cabeza la malicia y el sobresalto en que están embebidos" (p. 123).

Finalmente, las etapas y las fronteras que integran una culturización se extienden sobre tales dimensiones dentro del ámbito de la persona, de la sociedad y de la cultura humanas, que un error de apreciación puede originar las consecuencias más contradictorias.

El tránsito de Prehistoria a Historia; de vida tribal a comunitaria; de hombre cazador a hombre agrícola e industrial; del total analfabetismo a ser miembro de una familia humana cultural, religiosa y económica, y todo esto en un número reducido de años, son perspectivas históricas muy delicadas y muy difíciles de apreciar.

PROCESO HISTORICO-ECONOMICO

El proceso histórico total se extiende desde 1625 hasta 1767. Pero estos 142 años hay que reducirlos prácticamente a 109, ya que en 1628 los jesuitas hubieron de renunciar a sus misiones bajo la presión del arzobispo santafereño D. Julián de Cortázar. La reanudación de actividades se verifica sin solución de continuidad a partir de 1661.

La evolución histórico-económica abarca tres fases de expansión con sus respectivas contracciones:

FASE PREVIA

1ª El intento de 1625-1628, seguido de 33 años de esterilidad histórica. Estos seis lustros de inercia son interesantes para entender el consolidamiento económico.

Aunque la entrada definitiva a los Llanos no se verifica hasta el año 1661, la biografía económica remonta sus orígenes por lo menos al año 1625, es decir, hasta la paulatina prolongación de esa serie de haciendas-piloto que irían uniendo Bogotá con los Llanos: Paipa, Lengupá, Tuta, Firavitoba, etc. En esta ruta de haciendas graduadas, los misioneros recibían cursos de capacitación para la dirección agrícola, agropecuaria y económica de sus futuras reducciones.

Según Rubio y Briceño (1), la producción alcanzó tal ritmo que tan sólo en la plaza mayor de Lengupá había 29 tiendas para la venta de sus productos.

Todas estas haciendas estaban ubicadas en la Cordillera y fueron siempre independientes de las misiones.

FASE LLANERA Y FRACASOS ORINOQUENSES

2ª En los Llanos se inicia en 1661 y se prolonga ininterrumpidamente hasta 1767. La fundación de San Salvador del Puerto a orillas del Casanare por el Pa-

dre Neira significa la creación de la capital de las misiones casanareñas y el punto de arranque para toda clase de incursiones misionales.

Los intentos de arraigarse en el Orinoco, 1669-1695, suponen para la Compañía de Jesús un fracaso y una aventura que condujo a la pérdida de varios de sus mejores hombres y a crear en las altas esferas una prevención psicológica frente a las posteriores iniciativas orinoquenses.

Como consecuencia de esta situación se sucede de 1695 a 1731 un espacio de 36 años de inactividad y lógicamente un retraso misionero para entablar la misión del Orinoco.

En los 23 años que van de 1669 a 1694 los jesuitas ensayaron cinco intentos, sin contar la experiencia de Guayana, 1647-1680:

- 1669: Monteverde y Castán.
- 1679: Fiol y Felipe Gómez.
- 1681: Fiol, Pöck, Rüeld y Agustín Campos.
- 1691: Neira, Cavarte, Silva y Loverso.
- 1694: Cavarte y Manuel Pérez.

Aunque en la biografía misional se superponen dos líneas históricas: la llanera, 1661-1767, con una trayectoria de signo positivo ascendente; y la orinoquense, con una etapa de fracasos, 1669-1695, seguida de un aletargamiento total, 1695-1731, podemos decir que estas eventualidades no afectaron sustancialmente el sistema de haciendas de retaguardia, sino que, por el contrario, lo fortalecieron. Y probablemente esta seguridad y bienestar fue uno de los factores más influyentes en provocar la deflación de los ideales misioneros y la desconfianza por la conquista planificada del gran río venezolano.

Como realizaciones de esta etapa cabe destacar: la obsesión por la conquista del Orinoco, concebida según el plan Monteverde; la autonomía económica de las misiones con la fundación de Caribabari; rápido desarrollo de la economía y gran ascenso del nivel de vida de las reducciones; acusaciones de los españoles contra la prosperidad jesuítica; los ríos Casanare, Cravo y Meta convertidos en arterias de comunicación y confluencia humanas; agotamiento de la expansión misionera al finalizar el siglo XVII. En el siglo XVIII, a partir de 1716, irrumpe la nueva vitalización de las misiones con Gumilla y demás componentes de la gran generación y el Orinoco vuelve a ser la temática central de toda su misionología; en esta etapa se estructuran los moldes definitivos de reducción llanera. Es también interesante anotar que los españoles no fueron excluidos de las misiones; con eso se compensará en parte la falta de educación empresarial de los indios y se facilitará la integración racial. En contraposición a la decadencia histórica, 1695-1716, hay que resaltar la evolución económica realizada por carriles más seguros y más planificados.

Para Monteverde y su equipo de colaboradores la concepción continental de Venezuela, con centro de operaciones en Trinidad y Guayana y con el Orinoco como arteria central de culturización, constituyen el móvil casi exclusivo de su actividad.

Es muy posible que la acción precipitada pro-Orinoco de los jesuitas neogranadinos a partir de 1679 tenga su explicación en el profundo significado que suponía renunciar al plan Monteverde; esto sería muy viable si, como ha demostrado el P. Pacheco, la es-

tancia de la Compañía de Jesús en Guayana se prolongase hasta 1681. De esta suerte, abriendo por Guayana las rutas misioneras, se evitarían toda clase de complicaciones geográficas, burocráticas y económicas planteadas por la ruta Cartagena - Bogotá - Los Llanos.

Esta concepción de la "continentalidad" de América y la curiosa vinculación de las reducciones jesuíticas a los grandes ríos del Nuevo Mundo revelan un aspecto interesante de las directrices seguidas por la Compañía de Jesús en el mundo descubierto por Colón.

Anotamos como curiosa e interesante la opinión del historiador colombiano del siglo pasado Plaza: "La idea de establecer una escala de comunicaciones mercantiles desde las márgenes del Meta hasta las posesiones portuguesas y las aguas del Atlántico, surcando el Orinoco y el Amazonas, proyectada por los jesuitas, espantó al Gabinete de Madrid y aceleró la muerte del Instituto. Este plan portentosamente civilizador hubiera variado la faz del continente suramericano y revela todo lo grandioso del genio que no pide elementos, sino libertad para obrar." (2)

La fundación de Caribabari tiene una importancia capital: Residencia del Procurador llegará a ser la hacienda mejor dotada de los Llanos. En los comienzos, con todo, nos la describen como un conjunto de tierras baldías y dentro del ámbito de acción de los indios de guerra (3).

Muy rápidamente debió progresar esta famosa hacienda, pues antes de 30 años había suscitado uno de los más desagradables pleitos de la historia de las misiones llaneras: las acusaciones y las intrigas contra la "prosperidad jesuítica". Las delaciones mantienen casi siempre un cuerpo más o menos uniforme de acusación: ociosidad, comercio con herejes, levantar trapiches, fomentar manadas de reses, etc.

El aumento de misioneros —eran ya 12 en 1678— supuso el aumento de hatos; una mejor dotación de los equipos misionales y una ampliación del radio de influjo de Caribabari.

Si tenemos además en cuenta las dificultades que suponía el traslado y la fundación de nuevos hatos se podrá apreciar la importancia que concedieron los jesuitas a las haciendas dentro de su concepción de "misiones eficientes". En 1690 declaraba el capitán de escolta Toribio Medina acerca del intento de la Compañía de fundar en Carichana: de orillas del Meta salieron 150 reses; el ganado se alzó y parte fue capturado por los caribes, parte por los tigres y pumas que abundaban en la región. Más tarde se hizo otro intento con 400 reses: sólo en el camino se perdieron 150 y el mismo capitán presenció cómo además se ahogaban 40 en el paso del río Meta (4).

Hay que hacerse cargo también de la magnitud del proyecto que suponía para el Procurador el estar preparado para la dotación de una misión como la del Orinoco, de grandes esperanzas para el cristianismo y en donde naufragaban constantemente sus envíos. Por otra parte, el perder esta perspectiva y el considerar las haciendas como "hechos aislados" y no como partes integrantes de una gran estructura socio-religioso-económica, llevó al antijesuitismo a plantear un apasionado ataque que fijó sus frentes en el dato concreto y que cerró la razón para comprender las

pre y ulteriores conexiones que provocaron el hecho concreto.

Así el arzobispo de Santa Fe, fray Ignacio de Urbina, escribía al rey el 6 de marzo de 1691: "...y restringiéndose a más estrecho término de dominio de tierras, en las cuales hoy se apacientan más de seis mil cabezas de ganado mayor, evitarán el fundamento de murmurarlo y de sentirlo todos los que en aquellos parajes pudieran tener los intereses con el goce de los pastos, poblándose más la tierra y aumentándose contribuyentes a V. M." (5)

Pocos documentos poseemos para la reconstrucción del complicado mecanismo económico en los últimos lustros del siglo XVII; datos interesantes nos ofrecen las visitas de los PP. Madrid (1678) y Altamirano (1692). El P. Madrid, por ejemplo, después de insistir severamente a los misioneros sobre la gratitud absoluta de cualquier clase de ministerios, manda al Superior que entregue a los súbditos anualmente 24 novillos para carne, dos vacas para leche, dos cerdos, dos zurrónes de miel y doce quesos; que les suministren las herramientas necesarias y "las ha de disponer sin interés alguno el indio herrero que tenemos en Pauto, pues aquella fragua es de la misión y de los Padres de ella".

Para el siglo XVIII parece que ya se había logrado el tipo standard para la creación de reducciones, a juzgar por la persistente coincidencia que se observa entre los testimonios de Gumilla y los del autor de la Historia de las Misiones (1729).

Para el jesuita valenciano: buscar un herrero, montar una fragua, proporcionar tejedores de los pueblos ya establecidos y entablar una escuela son los elementos esenciales para entablar una reducción. Más explícito es Gilij, que estima como necesarios: la escuela, artes (carpintería, herrería, tejerías), animales (insiste en la utilidad de los domésticos) y la agricultura.

Muy pocos son los datos que nos han legado en este sentido las obras hasta hoy conocidas de los escritores jesuitas coloniales. Se deduce claramente la coexistencia de la propiedad privada y la comunal. De esta última se benefician las viudas, la comunidad y la Iglesia (sustentación de los niños de la escuela y los huérfanos); se sembraba además un dilatado plantanal para "socorro universal de los que se han de ir agregando" (6). De esta suerte se les acostumbraba a los indios a la iniciativa privada y también a la colaboración dentro de las funciones comunitarias.

El Gobernador de los Llanos, en su informe a la Real Audiencia, elabora en una breve síntesis las funciones y las inversiones de las haciendas jesuíticas.

"Las tales haciendas eran colegios de escala para los misioneros, en donde se detenían hasta destinarlos convenientemente. Su fondo se reputaba de la misión en general, sin que fuese anexo a ningún otro colegio o casa. Sus productos se convertían en costear sus misioneros que venían de Europa; los que destinaban de los colegios de la provincia; visitas de los provinciales y "chasquis" (peatón correo) para avisar lo que conviniese al Superior. Se aplicaban también a los costos de entradas al país de infieles; en reducción; regalillos para atraerlos, primeros vestidos, establecimiento de la iglesia y pueblo; y especialmente para poner en cada reducción de pueblo un hato con 300 ó

400 reses de cría y las correspondientes yeguas y caballos para su manejo, de suerte que, según entiendo, la real hacienda no tenía otros gastos en las misiones que el del sínodo anual de los misioneros procuradores de las enunciadas haciendas, el sueldo de las escoltas y el de los primeros vasos sagrados y ornamentos precisos para la erección de la iglesia. Y si sobraba se repartía de limosna a los pueblos." (7)

Una vez creado y organizado el municipio, los misioneros se desprendían de la propiedad de los hatos en favor de la economía del pueblo: "El hato de Betoyes, dice el mismo Gobernador, como los otros de su naturaleza de los demás pueblos de la misión de Casanare (...), los fundaron los jesuitas con cortos fondos propios, reservando en sí el derecho de propiedad a los citados hatos, hasta que se determinaron cederlos a cada pueblo respectivamente, como lo hicieron antes, y lo repitieron el año pasado de 1739, siendo provincial el P. Tomás Casanova. De los mismos productos se proveyó a los pueblos para el común de carpinteros, herreros, escuelas y música." (8).

Los establecimientos jesuíticos eran cuerpos de administración autónoma, aunque sometidos a un poder unitario y organizador, encarnado en el Procurador. Caribabari fue su residencia habitual. Pronto esta ciudad-aldea se convirtió en la sede del comercio llanero y en el único centro de provisión para los misioneros.

Era todo un capital el que manaba constantemente de Caribabari para incrementar primariamente la riqueza ganadera, las industrias y el bienestar urbano de las reducciones.

El Procurador guardaba en sus inmensos depósitos los equipos completos para las expediciones y fundaciones misioneras, además de toda gama de repuestos y de materias primas.

Al ampliarse el ámbito misional, Caribabari fue creando haciendas satélites. Dependientes de Caribabari y bajo la dirección del mismo Procurador vivían las haciendas de Tocaría y la Yegüera. El suelo de Tocaría era generoso en caña dulce. A su sombra los trapiches industrializaron los productos de la caña de azúcar con sus derivados de "melado" y papelón (azúcar negra) y aguardiente de caña que se consumía en el territorio de los Llanos.

La Yegüera estaba amurallada de opulentos potros de mulas y caballos. Extraordinario debió ser su rendimiento, pues en tiempos anteriores, dice el coronel Alvarado, sus potros llegaron hasta la provincia de Barinas.

Otras haciendas en lugares más distantes, pero con la misma estructura y sometidas al control de Caribabari, constituían el capital de la misión: la de Crávo y la de Aipía, para las misiones del Meta; la de Carichana, para la del Orinoco.

Así fueron surgiendo en los Llanos una serie de bellas y cómodas reducciones. Escribe Gilij en 1780: "Se conoce bien su mayor antigüedad (se refiere a San Miguel de Macuco), ya por la cultura de los indios muy superior a la de los más viejos, ya por las telas de algodón que tejen, ya por sus cabañas con muros y por la casa del misionero y, en fin, por su bellísima iglesia. Estas dos últimas no hace muchos años fueron construídas de piedra caliza dura, pegada con una nueva especie de argamasa." (9)

De esta suerte se fueron transformando los Llanos. Sobre la base de la riqueza ganadera y la no despreciable agraria, la producción industrial aceleró el ritmo rudimentario en busca de una eficiencia técnica.

Los derivados de la ganadería exigieron pronto otro próspero ramo de la industria. En la hacienda de Aipía, a orillas del Meta, se producían cueros, mantecas y sebos. Los trapiches también comenzaron a levantar sus estelas de ruido monótono. Así la miel y el aguardiente, extractos de la caña de azúcar, constituyeron la industria mejor retribuida. La producción ascendía a miles de frascos anuales, y hay que tener en cuenta que el frasco de miel costaba 6 reales, y el de aguardiente, 10.

El Procurador se surtía de la Guayana en todo lo referente a herramientas, fusiles, hierro crudo, hachas, etc. De los Llanos de Caracas se recibían el vino de decir misa, tejidos de lana, etc. Y de Bogotá: lienzos, moneda, harina, azúcar...

3ª Consolidación orinoquense. La fase orinoquense comienza en pleno siglo XVIII y con un margen histórico corto y angustiado. Pues aunque teóricamente los límites se extienden de 1731 a 1767, en realidad la actividad misional sólo toma empuje a partir de 1740 con la fundación de Cabruta. Así, pues, en definitiva, arroja el saldo de 27 años hábiles: tiempo realmente escaso para una obra decisiva de aclimatación, en contraposición a la labor realizada en los Llanos.

De esta suerte habrá que tener siempre presente esta premisa: el problema de las misiones orinoquenses no fue problema de organización, sino de tiempo.

Sobre este período desarrolla su influencia la gran generación del dieciocho: Gumilla, Rivero, Román, Rotella, Lubián, Gilij...

Tres núcleos de fechas estructuran el armazón de la fase orinoquense:

1741.—Fundación de Cabruta; actividad de Gumilla en Madrid y Roma; aparición del Orinoco Ilustrado y diversos memoriales gumillanos; la Historia de las Misiones, de Cassani; descubrimiento del Casiquiare por Román; consolidación definitiva de las misiones jesuíticas.

1750.—Expedición de Límites: comienza la tensión entre el Gobierno y los jesuitas; muerte de Gumilla y Rotella; principios de decadencia; estancamiento del progreso misionero: el Gobierno español encierra el campo de acción de la Compañía de Jesús en el Orinoco; frecuentes acusaciones anónimas contra los jesuitas en América y sobre todo en Madrid; el Informe reservado de Alvarado.

1767.—Expulsión de los jesuitas. Ruina de las misiones; fin de la cultura jesuítica en la América colonial española. Presencia de América, como ciencia y como problema, en la conciencia europea elaborada por los jesuitas expulsos.

Sin lugar a dudas, la realización fundamental de esta época es el descubrimiento y planificación científica del Orinoco.

La Orinoquia, como base del desarrollo de la Venezuela continental, vuelve al primer plano de la pro-

blemática jesuítica. El proyecto Monteverde del siglo XVII llega a Gumilla y a los demás componentes de la gran generación del XVIII por intermedio del Padre Cavarte, lazo de unión de ambas generaciones.

El proyecto gumillano es más científico, más completo y ambicioso que el de Monteverde, pero se mueve siempre dentro de la intuición de la "continentalidad" de Venezuela formulada el siglo anterior.

En esta toma de conciencia de la Orinoquía, no sólo en el Virreinato de Nueva Granada, sino sobre todo en Europa, interviene decisivamente la floreciente literatura escrita en torno al año 1741, y la hasta hoy en gran parte inédita que envuelve los días de la extinción. Esta producción científica merece el calificativo de extraordinaria: la política económica actual de Venezuela no es sino una puesta en marcha del plan de desarrollo elaborado dos siglos antes.

En la planificación gumillana se distinguen dos coordenadas:

- a) Vitalización de las fuerzas estatificadas: planificación; personal capacitado; sanear la corrupción comercial; explotación minera; gran desarrollo de la agricultura insistiendo en los productos cualificados: café, cacao, especias, etc., en una palabra, combatir el estancamiento de la riqueza.
- b) Injerto de nuevas fuerzas dinámicas: inmigración, colonización, mestizaje; creación de grandes ciudades, repartimientos de tierras, creación de un tipo de hombre nuevo.

Con la fundación de Cabruta se inicia, según la interpretación de Demetrio Ramos (10), en la biografía misional jesuítica una nueva era que revolucionará historia y economía. El pensamiento de Rotella provocó la renovación de los métodos geomisionales y la consolidación de nuevos establecimientos jesuíticos resolviendo de esta suerte una constante geohistórica que a lo largo de casi una centuria había creado una problemática al parecer insalvable.

Después de una época de intensas migraciones Rotella comprendió que había que misionar la tortuga, base alimenticia y comercial de la población indígena y nada mejor que Cabruta, centro de intercambio y relación entre los llanos de Caracas, Barinas y Cumaná con la Guayana y la cuenca superior del Orinoco.

Cabruta provocó una curiosa lucha de actividades en bastantes de sus compañeros de trabajo apostólico. Estos acontecimientos llevaron al P. Román, Superior de las Misiones, a mirar con escéptico pesimismo los difíciles principios de la obra de Rotella.

Un efecto inmediato fue el advenimiento de un período de paz y bienestar para las nuevas reducciones; de esta suerte podía enfrentarse cuatro años más tarde el problema de la trata de indios venezolanos por los portugueses y el descubrimiento del Casiquiare.

A partir de la Exposición de límites comienzan las dificultades entre los jesuitas y los agentes del Gobierno de Madrid; y conforme nos acercamos a la expulsión se enrarecen más los documentos.

El informe reservado del Coronel Alvarado merecería un estudio aparte; a pesar de su fin tendencioso: buscar argumentos favorables para la Corte de Madrid, es un documento extraordinario de primera mano para el estudio económico de estos últimos lustros de las reducciones orinoquenses. Lo que es lamentable es que los jesuitas destruyeran todos los papeles básicos ya que se enteraron anticipadamente del extrañamiento —el Gobernador Domínguez gastó 114 días en recorrer las misiones de la Compañía de Jesús.—

En estas circunstancias es muy peligroso actuar por analogías históricas y establecer como término de comparación las reducciones del Paraguay.

Quizá la única solución viable sea la de revisar la abundante literatura que reposa inédita en los Archivos sobre el destino de los bienes jesuíticos después de la extinción.

Al concluir estas líneas reconocemos lo dificultoso que resulta, dado el estado actual de la investigación histórica, penetrar airoosamente en el mundo socioeconómico de las misiones llaneras. Con todo, una conclusión permanece firme: el profundo dinamismo que encierra el concepto jesuítico de "continentalidad de América". La Compañía de Jesús, con sus Universidades y colegios, contribuyó a la formación del "hombre americano". Pero todo el variado esfuerzo de las Reducciones jesuíticas en el corazón de nuestro continente significó la audaz decisión de dar una "respuesta americana" al reto de una América irredenta cuyos hombres en vez de sembrar América prefirieron vivir de América en la corteza de sus costas. Los jesuitas venezolanos fueron responsables de su misión a pesar de su aparente fracaso.

Para la ulterior problemática y consecuencias nos remitimos a futuros artículos.

(1) Briceño y Rubio.—Tunja, 130.

(2) Plaza, 314.

(3) Juan M. Pacheco.—Los jesuitas en Colombia. Bogotá, II, 356.

(3) Juan M. Pacheco.—O. c. II, 404.

(5) Juan M. Pacheco.—O. c. II, Libro III, capt. 12.

(6) Gumilla.—El Orinoco Ilustrado. Edic. P. Bayle. Madrid, 438.

(7) José M. Groot.—Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada. Bogotá, II, p. XLII.

(8) José M. Groot.—O. c. *ibid.*

(9) Gillj.—Ensayo de Historia Americana. Bogotá, 1955, IV, 390.

(10) Demetrio Ramos.—Las misiones del Orinoco a la luz de las pugnas territoriales (s. XVII y XVIII). "Anuario de Estudios Americanos" XII. Sevilla, 28 y ss.

José del Rey, S. J.